



www.loqueleo.com/es

Título original: JULIE AND THE WOLFES

© 1972, Jean Craighead George

© De las ilustraciones: 1978, John Schoenherr

© De la traducción: 1978, Veronica Head

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-228-6

Depósito legal: M-21.020-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: febrero de 2018

Más de 33 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Julie y los lobos

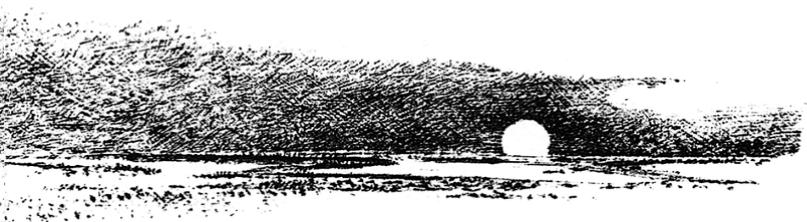
Jean C. George

Ilustración de cubierta de Miren Asiain Lora

loqueleg



*A Luque George, amante de los lobos
y los esquimales de Alaska.*



Prólogo

Los lobos, cuando se sienten heridos de muerte, levantan orgullosos la cola –que en el lenguaje de estos cánidos salvajes significa confianza en sí mismos– y se retiran, altivos, para morir sin un solo grito, sin un solo gruñido, en algún apartado lugar. Aproximadamente así describe Alfred de Vigny, en un olvidado poema, la muerte del lobo y, tal vez, este sea el único detalle de la biología del carnívoro que no aparece en el relato que me cabe la satisfacción de prologar.

Algo realmente episódico, porque como zoólogo no puedo por menos que recalcar el absoluto rigor con que han sido tratadas las descripciones, sobre todo del comportamiento, de los distintos animales que desfilan a lo largo de esta historia de amistad entre humanos y lobos. Desde luego, Jean Craighead George conoce a la perfección la conducta social de los lobos. Porque estos carnívoros, efectivamente, adoptan a todos los

huérfanos de su misma especie, los defienden y los alimentan. Su cuidado de la camada no tiene parangón, en cuanto a ternura y celo se refiere, dentro del reino animal. Y, por supuesto, aunque existe una sólida jerarquía en las manadas, el lobo líder y dominante será capaz, en caso de peligro, de sacrificarse por el resto de su clan. Todo ello adornado con un lenguaje mímico de fácil interpretación que dota a estos evolucionadísimos cánidos de un código de conducta donde la solidaridad predomina sobre todas esas ya pretéritas calificaciones de ferocidad y sadismo con que tantas veces se los ha definido.

Todo ello aparece descrito a lo largo de esta novela, que al tratar con tan escrupuloso respeto la verdad científica se convierte en una obra de enorme valor divulgativo en el campo de la faunística.

Pero hay mucho más. A lo largo de las páginas de Julie y los lobos parece circular un aire tan limpio como el que indudablemente envuelve la tundra –el ilimitado y legendario Gran Norte de London–, escenario de una de las narraciones más frescas de la producción literaria norteamericana y que nos trae precisamente eso, algo respirable entre tanta contaminación, degradación y destrucción de la naturaleza

que va siendo palpable realidad cotidiana en todas las sociedades industrializadas del mundo.

Y no solo es aire lo que llega a nuestros pulmones, encallecidos por los humos ciudadanos, también a nuestros ojos llega luz. Un fulgor indiscutible se filtra a lo largo y a lo ancho de la amorosa –sin duda por haber sido vivida– descripción de los parajes infinitos de Alaska que ya la sociedad tecnocrática y productivista de los Estados Unidos ha comenzado a utilizar y, por tanto, a degradar. Con un apasionante realismo se nos introduce en la cronología del ritmo vital de la tundra: sus seis meses de luz y sus seis meses de oscuridad. Alternancia a la que todo debe someterse: las migraciones de los caribúes, de las aves, de los lobos y, sobre todo, la vida de los escasos pobladores humanos. Hay también un canto permanente y nostálgico al ocaso de la vida animal... «No quedan ya ballenas que cazar». Y hay una admiración ferviente por estas últimas formas de vida humana, como la de los esquimales, realmente integradas en lo natural y, por consiguiente, tan en peligro de extinción como la de los animales que las hacen posibles.

Este es el drama de Alaska, el último territorio virgen de los Estados Unidos de América. Y es un drama

protagonizado, sin duda intencionadamente, por una niña.

12 *Jean Craighead George ha engarzado de manera magistral los tres movimientos culturales y políticos de mayor consideración que existen hoy en todo el mundo desarrollado: el de la mujer –feminismo–, el de la naturaleza –ecologismo– y el de las minorías proselitizadas y oprimidas que ya algunos han empezado a denominar indigenismo.*

El comentario de esta obra, que seguramente abrirá una senda temática en nuestro país, podría extenderse hasta el infinito porque es enorme la gama de factores literarios y científicos que aparecen a lo largo de la entrañable aventura de la pequeña Miyax, pues, en verdad, se trata de una historia que comienza a diario en todas partes para no terminar en ninguna.

Pero quizá sea en el campo del ecologismo donde esta obra tenga mayor incidencia. En gran parte porque la ideología de la defensa de la naturaleza tiene un enorme futuro y son ya muchas las manifestaciones artísticas que han elegido el trasfondo ecologista como soporte. Hay cuadros ecologistas, hay poemas y esculturas ecologistas y sin duda Julie y los lobos será considerada como una primera obra maestra de la lite-

ratura ecologista. En efecto, algunos conceptos básicos de la alternativa vital de los defensores de la naturaleza aparecen en boca de nuestra pequeña niña esquimal, que elige vivir sola –de humanos– pero en compañía de lobos, evidentemente menos peligrosos. Y, sobre todo, existe una total identidad con los presupuestos del ecologismo cuando se propone vivir «al ritmo del clima, de los vegetales y de los animales».

13

En fin, hoy ya resulta casi imposible oír el secular y dramático grito del pastor que ante la llegada del mítico carnívoro se desgañitaba vociferando: «El lobo, al lobo, que viene el lobo». Ya no quedan lobos. Los hemos exterminado. Hay otro grito de mayor actualidad que, aunque la autora no pone en boca de Miyax, casi se me antojaba oírsele cuando decide seguir viviendo sola, en la tundra, a la espera de que alguien como ella quiera unírsele. Sí, parecía irse hacia la soledad del subártico gritando, con lágrimas en los ojos: «El hombre, al hombre, que viene el hombre».

JOAQUÍN ARAUJO

Amaroq, el lobo

Miyax empujó hacia atrás la capucha de su parka de piel de foca y contempló el sol del Ártico. Era un disco amarillo en un cielo verde lima, con los colores de las seis de la tarde, la hora en que se despertaban los lobos. Silenciosamente, dejó en el suelo su cazuela y trepó hasta la cima de un montículo de hielo en forma de cúpula, una de las tantas ondulaciones de tierra que suben y bajan en el frío crepitante del invierno polar. Tendida sobre el estómago, miró a través de una vasta extensión de pastos y musgo y centró su atención en los lobos que había descubierto dos sueños antes. Estos agitaban la cola a medida que despertaban y se veían unos a otros.

Las manos de Miyax empezaron a temblar y el latido de su corazón se aceleró, pues tenía miedo, no tanto de los lobos, que eran tímidos y se

hallaban a muchos tiros de arpón de distancia, sino a causa de su desesperada situación. Miyax se había extraviado. Llevaba muchos sueños perdida y sin nada que comer en la Vertiente Norte de Alaska. Esta estéril vertiente se extiende a lo largo de más de trescientos kilómetros desde la cordillera de Brooks hasta el océano Ártico, y por más de mil doscientos kilómetros desde el mar de Chukchi hasta el de Beaufort. No la cruza ningún camino; lagos y lagunas salpican su inmensidad. Los vientos la atraviesan aullando en todas direcciones, y su paisaje, allí donde se mire, es exactamente el mismo. En algún lugar de este cosmos se encontraba Miyax, y su existencia, su cuerpo, su chispa y su calor, dependía de estos lobos.

Miyax contempló fijamente al regio lobo negro con la esperanza de atraer su mirada. De algún modo tenía que decirle que estaba muriéndose de hambre y pedirle comida. Esto era posible, y ella lo sabía porque su padre, un cazador esquimal, lo había hecho. Un año, mientras estaba de caza, había acampado cerca de un cubil de lobos. Al cabo de un mes, su padre no había conseguido

atrapar nada y le dijo al jefe de los lobos que tenía hambre y necesitaba comida. La noche siguiente el lobo le llamó desde lejos, y su padre fue hasta allí y encontró un caribú muerto. Por desgracia, el padre de Miyax nunca le explicó cómo había comunicado al lobo sus necesidades. Y poco tiempo después se internó remando con su kayak en el mar de Bering para cazar focas, y nunca más volvió.

17

Miyax llevaba dos días observando a los lobos, intentando discernir cuáles eran los movimientos y sonidos que expresan simpatía y amistad. La mayor parte de los animales los tienen. Las pequeñas ardillas del Ártico agitan la cola hacia un lado para hacer saber a sus compañeras que vienen en son de paz. Imitando esta señal con el dedo índice, Miyax había atraído a muchas ardillas hasta su mano. Si pudiese descubrir un gesto similar en los lobos, podría hacerse amiga de ellos y compartir su comida, como un pájaro o un zorro.

Apoyada sobre los codos, con la barbilla entre las manos, miró al lobo negro intentando atraer su mirada. Lo había escogido porque era mucho mayor que los demás, y porque caminaba como su

padre, Kapugen, con la cabeza alta y el pecho erigido. De igual modo había observado que el lobo negro era sabio. La manada miraba en su dirección cuando el viento transportaba olores extraños o los pájaros gritaban nerviosamente. Si él se alarmaba, la manada se alarmaba también. Si estaba tranquilo, la manada también lo estaba.

18

Pasaron largos minutos, y el lobo negro no la miró. La había ignorado desde el momento en que Miyax los encontró, dos sueños antes. Es verdad que ella se movía lenta y silenciosamente para no alarmarlo; así y todo, Miyax deseaba que el lobo pudiese ver la dulzura de sus ojos. Muchos animales notaban la diferencia entre los cazadores hostiles y la gente amistosa con solo mirarlos. Pero el gran lobo negro ni siquiera se dignaba mirar hacia ella.

Un pájaro se desperezó sobre la hierba. El lobo lo miró. Una flor se movió en el viento. La miró también. Entonces la brisa hizo ondular la orla de piel de glotón de la parka de Miyax y esta brilló a la luz. El lobo no la miró. Miyax esperó. Su padre le había inculcado paciencia hacia todo lo relativo a la naturaleza. Y por ello sabía que no debía

moverse ni gritar. Aun así, debía conseguir comida, o moriría. Le temblaron levemente las manos, y tragó saliva con fuerza para mantener la calma.

Miyax era una clásica belleza esquimal, de huesos pequeños, unidos con delicadeza por fuertes músculos. Su cara era redonda como una perla y la nariz, achatada. Los ojos negros, graciosamente rasgados, eran húmedos y brillantes. Como los osos polares y los zorros del norte, bellamente formados, Miyax tenía los miembros algo cortos. El frío entorno del Ártico esculpe la vida en formas compactas. A diferencia de los animales del sur, de largos cuerpos y largas extremidades, que regulan su temperatura liberando calor a través de sus extensas superficies, todos los seres vivos del Ártico tienden a ser compactos para conservar el calor.

La longitud de sus miembros y la belleza de su rostro no le servían a Miyax de gran cosa mientras yacía sobre el montículo de hielo salpicado de líquen en medio de la tundra desierta. Le dolía el estómago, y el regio lobo negro ponía mucho cuidado en ignorarla.

—*Amaroq, ilaya*, lobo, amigo mío —llamó al fin—. Mírame. Mírame.

Hablaba mitad en esquimal y mitad en inglés, como si los instintos de su padre y la ciencia de los *gussaks*, los hombres blancos, pudiesen evocar alguna mágica combinación que la ayudase a comunicar al lobo su mensaje.

20 Amaroq se miró una pata y volvió muy despacio la cabeza hacia ella sin levantar los ojos. Se lamió el lomo. Unos pocos pelos apelmazados se separaron y brillaron individualmente. Después sus ojos se dirigieron con rapidez hacia cada uno de los tres lobos adultos que componían su manada, y por último hacia los cinco cachorros que dormían en una masa de pelusa cerca de la entrada del cubil. Los ojos del gran lobo se suavizaron a la vista de los lobeznos, y luego se endurecieron rápidamente hasta convertirse en frágiles joyas amarillas mientras oteaba la lisa tundra.

Ni un solo árbol crecía allí para romper la monotonía del llano verde-oro, ya que los suelos de la tundra siempre están helados. Solo musgo, hierba, líquenes y unas pocas flores resistentes arraigan en la fina capa superior que se deshiela brevemente durante el verano. Tampoco viven muchas especies animales en esta tierra de rigores, pero las

que lo hacen llegan a alcanzar cifras fabulosas. Amaroq contempló una gran nube de escribanos lapones que se elevó hacia el cielo y luego descendió sobre la hierba. Enjambres de tómpulas, uno de los pocos insectos que pueden sobrevivir en el frío, oscurecieron las puntas de los musgos. Los pájaros giraban, tornaban y se llamaban unos a otros. Miles de ellos se elevaban del suelo como hojas llevadas por el viento.

21

Las orejas del lobo se irguieron hacia delante y escucharon algún lejano mensaje de la tundra. Miyax se puso tensa y escuchó también. ¿Oiría el lobo alguna tormenta que se preparaba, algún enemigo que se acercaba a ellos? En apariencia no. Sus orejas se relajaron y rodó sobre un costado. Miyax suspiró, miró el cielo abovedado y se sintió dolorosamente consciente de su situación.

Aquí estaba, mirando a los lobos, ella, Miyax, hija de Kapugen, hija adoptiva de Martha, ciudadana de los Estados Unidos, alumna de la Escuela de Asuntos Indios de Barrow, Alaska, y esposa de trece años del joven Daniel. Se estremeció al pensar en Daniel, porque había sido él quien la había conducido a esta situación. Miyax había huido de

su lado hacía exactamente siete sueños, y a causa de esto tenía un título más según las normas *gus-sak*, el de niña divorciada.

El lobo rodó sobre su vientre.

—Amaroq —susurró ella—. Estoy perdida y el sol no se pondrá hasta dentro de un mes. No hay estrella polar que me guíe.

22

Amaroq no se movió.

—Y no hay aquí arbustos de moras que se inclinen bajo el viento polar y señalen el sur. Tampoco hay pájaros a los que pueda seguir. —Miró hacia arriba—. Aquí los pájaros son escribanos nivales y escribanos lapones. No vuelan hacia el mar dos veces al día como los frailecillos o los correlimos que seguía mi padre.

El lobo se acicaló el pecho con la lengua.

—Jamás pensé que me perdería, Amaroq —continuó, hablando en voz alta para aliviar su miedo—. En casa, en la isla de Nunivak donde nací, las plantas y los pájaros señalaban la ruta a los caminantes. Yo pensaba que así lo hacían en todas partes... Y por eso, grande y negro Amaroq, no llevo una brújula.

Había sido un momento aterrador cuando, dos días atrás, se dio cuenta de que la tundra era

un océano de hierba en el que había empezado a andar en círculos. Miyax cerró los ojos conforme el miedo volvía a apoderarse de ella. Cuando los abrió de nuevo, su corazón brincó entusiasmado. ¡Amaroq la estaba mirando!

—*Ee-lie* —llamó, y se puso de un salto en pie.

El lobo arqueó el cuello y entrecerró los ojos. Sus orejas se irguieron hacia delante. Ella agitó la mano. Él elevó los labios y mostró los dientes. Asustada por lo que parecía un gruñido, ella volvió a tenderse en el suelo. Cuando yacía sobre su estómago, Amaroq bajó las orejas y movió la cola una vez. Luego agitó la cabeza y miró a otro lado.

Descorazonada, Miyax se deslizó hacia atrás por el montículo de hielo y aterrizó sobre su campamento. El montículo se hallaba entre ella y la manada de lobos, y gracias a eso pudo relajarse, ponerse en pie y examinar su hogar. Era este muy simple, ya que no había podido llevarse muchas cosas cuando se escapó; solo había cogido aquellas que necesitaría para el viaje: una mochila, comida para más o menos una semana, agujas para remendar sus ropas, cerillas, su piel de dormir y una tela que colocaba por debajo de esta, dos cuchillos y una cazuela.